

después de todo, poco me debe importar que unos sigan insultándome y otros ladrándome!

Yo le pedía á Dios la cruz de la humillacion, cuando hé aquí que se levanta un católico para indicar, desde las columnas de un periódico, que acaso estaba yo desempeñando un papel por cuenta de Lemmi.

Hé ahí en verdad un sangriento ultraje... ¡Gracias, Dios mío, gracias!



CAPITULO II.

¡CREO!

DEDICADO tenía yo el segundo capítulo de mis *Memorias* al asunto de la educacion luciferiana que recibí, asunto absolutamente necesario para que se comprenda bien cómo es que pude vivir en el error tanto tiempo, y cómo sólo un milagro de la divina gracia pudo sacarme de él. Esta exposicion vendrá á completar el relato de la primera aparicion á mí de Satanás.

Sin embargo, hay otro relato que esperan mis nuevos amigos con más impaciencia aún, y que por lo mismo no le debo retardar.

Verdaderamente que miéntas más reflexiono acerca de mi conversion pasando por sus diversas faces, más me confunde la bondad de Dios. No se contentó el Padre Eterno con retirarme del abismo, sino que le plugo conducirme por caminos admirables á la plenitud de la luz. Inmensa misericordia, sabiduría sin límites: ¡ved ahí á Dios!

Miss Vaughan.—T. I,—14.

No deben seguir, no, envueltas en la sombra las faces de mi conversion. ¡Ah! ¡con qué ánsia no estaba yo deseando escribir estas palabras, dirigiéndome á los fieles católicos.

—Amigos míos, ¡soy verdaderamente vuestra! ¡Creo con todas las fuerzas de mi alma! ¡Vuestra fé es tambien mi fé! Sí, ¡creo!...

¡Cuántas maravillas encierran estas palabras! Qué gran milagro!... Pero lo que hay de más inaudito, es que todo se fué obrando espontáneamente en mí. Como criaturas humanas, valemos por cierto muy poca cosa! Abatamos nuestro orgullo, y convenzámonos de que nada se cumple sin la voluntad de Dios!

Nosotros creemos ser los autores de esto ó de lo demás allá... ¡Error! que no somos sino meros instrumentos, y ¡cuán frágiles!

Se sabe ya la manera como dejé el Paladismo; sábese en qué circunstancias fuí al convento queriendo limitarme á una visita, al convento donde se hallaba y todavía se halla una digna religiosa amiga de la hermana mayor de mi madre, la única protestante de mi familia que al enviudar se convirtió al catolicismo. Sábese, por último, que en el momento de partir —lo cual tuvo lugar la mañana del día de Corpus,— expresé mi deseo, que al punto se realizó, de asistir á la santa misa. Después de esto permanecí en el convento hasta el sábado 15 de Junio en que salí de allí por la noche para volver á mi retiro.

Todo lo referí ya en esta publicacion. Ni dije

ni podía decir más por el momento; pero los que á través de las líneas saben leer y apreciar cuánto está calculada la eleccion de tales expresiones, han comprendido perfectamente que algo más había sobre el particular, y así me lo han expresado en cartas, dándome ya el nombre de Juana, á pesar de que todavía no he aludido para nada á mi bautismo.

Sin embargo, éste se verificó el día 15 de Junio, pero en condiciones que carecían de regularidad, y de ahí el silencio que he guardado hasta hoy sobre ese hecho, cuya verdad aseguré al concluir cierta carta, la cual se publicó hará un mes.

Conviene que reproduzca yo aquí los últimos párrafos de mi citada carta:

«Sí, estaba yo transformada, escribí á un amigo católico; pero hubo más de lo que he hecho saber. He vacilado mucho para escribir lo que va en seguida, y todavía vacilo. Sin embargo, si alguna deficiencia hubo en lo ya hecho, la persona responsable fué amonestada por su director de conciencia, sin vituperio alguno, en el sentido riguroso de la palabra. Todos prometimos guardar secreto en cuanto á los nombres, y yo no le violaré; pero creo que estoy en el deber de hablar.

«Vea vd. lo que sucedió:

«Después de la comida, que se me sirvió en el convento el 15 de Junio en la sala de las pensionistas, la cual se me destinó durante mi corta permanencia allí, expuse á la superiora y á la religiosa amiga de uno de mis parientes la necesidad que tenía yo de pensar ya en mi separacion, para entregarme al trabajo y comenzar el combate que me proponía librar con la pluma contra el rey del mal.

«Allí de las súplicas; pero conseguí al fin que se comprendiera lo imposible que era para mí fijar mi residencia en el convento mientras durara el trabajo de las *Memorias* que me proponía publicar, explicando cómo no bastaba con escribir, sino que eran indispensables muchas idas y venidas para las personas que me acompañaran, y exponiendo las disposiciones que ya tenía tomadas. Quedaron convencidas aquellas dos santas mujeres de que me asistía razón, sin que por eso disminuyera la aflicción que tenían por mí. No tenían por mí alma, no, puesto que me veían colocada en el camino mejor posible; temían, sí, mi muerte, pareciéndoles que no bien me separara yo de su lado, sería yo reconocida, me seguirían los pasos los agentes secretos de Lemmi y me asesinarían.

«Nada había en que fundar sus temores, pues todas mis precauciones, que eran de primer orden, habían quedado muy bien trazadas, y nadie podía ni siquiera sospechar que estuviera yo en la ciudad. Pero no lo querían entender así ni la superiora ni mi amiga, y exagerando el error en que estaban, delante de mí se decían una á la otra: «¡Ah! si estuviese aquí el Padre capellan! . . . ¡Ah! si esta nuestra querida hija no nos hubiese obligado á prometerle que habíamos de ser sus únicas confidentes! . . . ¡Ah! qué desgracia, si la llegaran á asesinar! . . . ¡Morir así, sin haber recibido el bautismo! . . . ¡Ah! qué pena y qué remordimientos nos habían de quedar para siempre! . . . »

«Entonces me suplicaron que demorara un día cuando ménos mi separación: esto era para mí imposible. ¿Someter aquel asunto al Padre capellan? Cometí el error de ser inflexible, diciendo á las religiosas: «No, queridas y buenas hermanas; vds. me están pidiendo que haga yo hoy extensiva la confidencia á un tercero; mañana será á un cuarto, y no puedo consentir en ello. Déjenme

«partir así que les aseguro á vds. no corro peligro inmediato de muerte.»

«En ese momento, viendo la superiora á mi amiga la religiosa deshecha en llanto, exclamó: «¡Y bien! Tomo por mi cuenta el caso; por bien que nuestro buen Dios vé la pureza de mi intención. No puede ménos que ayudar á la gracia el santo bautismo para que obre en el alma de esta querida hija. Creo que con ello hago bien: bauticémosla!»

«La excelente superiora se imaginaba obrar con derecho, cuando le hacía ver á la otra hermana que el caso podía considerarse como bautismo ministrado en uno de necesidad, atento el peligro de muerte que se presumía como próximo para mí. Despues he sabido que estuvo en un error.

«Considerando yo, entónces, que mi negativa á cumplirle aquel deseo habría sido para ella causa de inmenso dolor, le prometí que en el acto me iba yo á poner en condiciones de que se pudí ese realizar lo que tan ardentemente le hacía desear su celo: en el fondo, parecíame que aquel bautismo improvisado equivalía al que se administraba en artículo de muerte.

«Por otra parte, el tiempo urgía; el coche que debía conducirme á mi retiro estaba esperándome á la puerta. Dirigíme, pues, prontamente al oratorio, y arrodillándome renové la renuncia que tenía yo hecha de Satanás, de sus pompas y de sus obras, y la firme voluntad de creer en todo lo que enseña la Iglesia de Jesucristo. Rogué á Dios que desvaneciera las tres dudas que todavía me quedaban y que me esforzaba yo por desechar de mi alma, y supliqué á la Bienaventurada Virgen María que acabara en mí su obra de aplastar la cabeza de la serpiente maldita. Despues de eso, nos pusimos á llorar las tres, hasta que por fin, alargando é inclinando yo la cabeza, derramó en ella agua bendita la buena superiora, pronuncian-

do á la par con grandísimo esfuerzo que hacia para ahogar la emocion, estas palabras: «Juana «María, yo te bautizo en el Nombre del Padre, y «del Hijo, y del Espíritu Santo.»

«Al otro día, ya estaba de nuevo en mi retiro.»

Durante el camino escribí en una posada la parte final del prefacio de las *Memorias de una Ex-Paladista*, es decir la parte que lleva fecha 16 de Junio. Lo que antecede á esto desde el epígrafe las palabras «¡Gloria á Dios!» fué escrito en el convento. El martes 18 en la mañana á primera hora una persona de confianza llevaba el original manuscrito á mi editor.

«Aquel mismo mártes por la noche recibía yo de la buena superiora una carta llena de escrúpulos que me hizo comprender el tormento moral que estaría sufriendo, y la autoricé en el acto para que se lo dijera todo al capellan y para que hiciera saber mi nombre á su digno prelado, si lo creía indispensable. Efectivamente, yo no quería que aquella piadosa mujer siguiera siendo víctima de la intranquilidad.

«Despues me escribió muy agradecida, y en su última carta me dijo que le habían hecho una amonestacion paternal. Luégo que se descubrió con el capellan, éste le explicó que si hubiese yo sido asesinada como lo temía ella, mi muerte, acaecida en tales circunstancias, muerte por la gloria de Jesucristo, habría sido el «bautismo de sangre.» En consecuencia, el ardiente celo de la digna religiosa había sido inconsiderado.

«Pronto enviaré á quien debo hacerlo la breve exposicion de las dudas que todavía me quedan. Cada día soy más feliz y Dios no me ha de negar

la fé completa que me ha de venir con la regularizacion del acto del 15 de Junio en el modo que la Iglesia tenga á bien hacerlo.

«Tal era lo que convenia decir ahora. ¡Que mis nuevos amigos pidan por mí, como yo pido por ellos con todo mi corazon!»

El lunes 12 de Agosto recibí una nueva carta de la buena superiora, preguntándome por los progresos que había yo hecho en los caminos del Señor. A juzgar por el tono de sus amistosos ruegos, creí comprender que todavía se le hacían reproches con ocasion de mi bautizo tan irregular. Ya me imaginaba yo estar oyendo al P. capellan decirle y repetirle que había cometido una falta de las más graves, ponerle de bulto sus deplorables consecuencias si resistía yo á la accion de la gracia y si me mantenía en mis tres dudas; porque sólo se puede dar el bautismo á una persona adulta cuando tiene completa fé y cree en conciencia en todos los preceptos de la Iglesia sin excepcion.

¡Ah! ¡cuánto sufría yo al ver por mí misma que aún había nubes que me oscurecieran la divina luz! y ¡qué bien me explicaba yo la inquietud de la estimable mujer!.....

Sí, sufría yo y mi sufrimiento era doble. Por un lado, Satanás no renunciaba á la esperanza de volver á conquistar su presa, evidentemente no para el Paladismo, mas sí para la herejía; por el otro lado, me hacía sufrir tambien la parte que había yo tenido en las apuraciones de la digna superiora.

La exposicion de mis tres dudas había quedado escrita de una manera breve, sumarísima, y necesitaba con urgencia que la retocara explicando mis dificultades principalmente en lo relativo á la transustanciacion. Va á verse cómo el príncipe de las tinieblas iba siempre tras de mí, como que efectivamente él fué quien me inspiró la idea de que convendría que enviara yo mi consulta á dos teólogos, uno de ellos sacerdote católico, que siempre se ha manifestado conmigo sumamente bueno, y el otro, ministro protestante, pariente de una familia amiga. Ahora conozco el lazo que me tendía el Demonio; solamente á Dios le debo no haber caído en él.

Vaya otra prueba. El diablo es serpiente por su astucia, por su habilidad para insinuarse en el espíritu, y se distingue así, cuando no tiene un cuidado, en hacer desviar una buena intencion; pero es tambien tigre cruel, y yo he experimentado su terrible persecucion desde que rompí con la alta masonería.

Esto no lo había confiado yo más que á algunos eclesiásticos; pero desde que comenzó á efectuarse mi conversion sentí los efectos de la perversidad de las potencias infernales. No deseo para mí peor enemigo todo lo que he tenido que sufrir. Durante el día tenía yo paz interior merced á la oracion y al trabajo; pero la noche era para mí suplicio horrorosísimo. Demonios y más demonios que me atormentaban durante el sueño. No bien me entregaba á él, cuando me asaltaban

horribles pesadillas siempre de un carácter de persecucion, y despertábame en medio de una escena de tortura en la cual hacía yo de víctima y los principales demonios de verdugos. Con una simple oracion que rezara yo, recobraba la tranquilidad, é iba durmiéndome de nuevo y apaciblemente para repetirse al punto aquellos terribles asaltos que padecía en sueños. Amanecía yo al otro día con todo el cuerpo adolorido como si me le hubiesen molido á palos.

Esto, en los primeros quince días de Agosto, había llegado á ser intolerable. Por esa razon luego que leí el lunes 12 la última carta de la superiora, tomé una resolucion. ¿Por qué no había de ir á pasar de nuevo algunos días en el convento donde tan buena acogida se me había hecho? Dijeme pues: Iré á consolar á aquella querida Madre, y al propio tiempo gozaré indudablemente de más tranquilidad durante los días que transcurran desde la fiesta de la Asuncion hasta el 24 ó el 25. No contaba yo con permanecer más tiempo en el santo asilo!

Desde el 17 hasta el 24 debía durar la gran peregrinacion de Lourdes, y sabía yo que algunos peregrinos pobres se proponían pedir allí especialmente por mi intencion. ¡Pues bien! desde el convento uniría mis oraciones con las suyas, ya que no estaba en la posibilidad de acompañarlos. Por otra parte, abrigaba la esperanza de que hallándome entre las vírgenes del Señor, serían mis noches ménos pesadas tan siquiera.

Véase hoy lo que pasó entónces.

El mártes muy temprano y despues de haber escrito varias cartas que me urgían, me separé de la familia amiga cuya casa había yo escogido para mi retiro, sin haberme acompañado más que una sola persona, pero muy segura. La llamaré aquí Bridget (Brígida), nombre que nada ha de indicar á los agentes de Simon, y que escogí por significar: «el que procura la seguridad.» Esa persona y yo nos pusimos, pues, en camino.

Al día siguiente dejé á Bridget á la mitad del camino, y ya se comprenderá lo conveniente de esa precaucion por mi parte. Muchos de mis nuevos amigos están todavía inquietos por lo que me pueda suceder; les agradezco su interés, pero ya verán que todo lo he arreglado con la mayor prudencia.

Asaz tarde era ya cuando fui á llamar á la puerta del convento por segunda vez. En la anterior habíamos convenido la superiora y yo en una frase que había yo de usar por telégrafo para anunciarle mi regreso, de modo que ya me estaba esperando sin que nadie pudiese maliciar mi llegada; ni aun en el mismo telégrafo hubiera yo podido despertar la menor sospecha. No diré más sobre el particular, pero de una vez por todas advierto á mis amigos que deben estar seguros de que me hallo perfectamente al corriente de todos los procedimientos que se emplean en la diplomacia para hacer imposible el «hilaje» de una correspondencia, procedimientos de los cuales he

usado muchas ocasiones y seguiré usando todavía en las narices y en las barbas de Lemmi, de sus sabuesos y de los gabinetes negros.

Cuando llegué al convento había terminado el rezo de completas, y las religiosas oraban, ó bien leían en sus respectivas celdas esperando la hora del último rezo del día. La amiga de mi parienta me abrió y me condujo inmediatamente á mi cuarto de pensionista.

Calcúlese si la estimable superiora tendría ansia de verme. ¡Viva! ¡Con vida yo! No podía darse cuenta de lo que veía. ¿Cómo había sido posible tal travesía sin accidente alguno?—Con cierta habilidad, le respondí, y sobre todo con la proteccion del buen Dios.

Siguió despues la entrevista con el Padre capellan, con quien fui presentada esta vez con mi verdadero nombre. Había tenido que esperarse hasta mi llegada, y en seguida se despedía de nosotras.

Aseguróme que verdaderamente nadie había reparado en mí desde mi primera visita de Junio, y que él había perdido por completo el recuerdo de mis facciones.

Yo le pregunté inmediatamente si podía prestarme un servicio; si miéntras permaneciera yo en el convento, podría ser tan deferente que aceptara un insignificante desórden para el caso de que se me ofreciese remitir alguna carta urgente. —Aceptó con gusto. El desórden consistía en tomar el tren para depositar mi carta en el buzón

postal del embarcadero de una estacion vecina por donde pasa una gran línea. La carta lleva entónces el sello de un ambulante y no el de determinada administracion postal de una ciudad.

No tengo el menor inconveniente para dar á conocer esta manera de transmitir la correspondencia, porque el saberse el procedimiento no puede hacer dar con la pista.

Mi carta, que remití del modo que acabo de indicar, estaba formada así: 1º de la carta misma, metida en una cubierta que llevaba la direccion de la persona á quien escribía yo; 2º de otra cubierta más, opaca, que tenía la direccion convencional de la persona á quien se la había de remitir Bridget; 3º. y finalmente, de otra cubierta supletoria que contenía escritas las iniciales conforme á las cuales la misma Bridget había de sacar la carta de la administracion postal de la poblacion intermedia donde ella estaba esperando mi vuelta.

En consecuencia, Bridget recibiría mi carta sin que se supiera en la administracion quién era, ni ella misma supiera á punto fijo de qué lugar procedía la carta, puesto que llevaba, no el sello de la administracion local, sino el del ambulante, y puesto que además la estacion ferrocarrilera donde había sido depositada no era la del lugar donde me encontraba yo en aquel momento. Demás de esto, Bridget ignoraba á quién escribía yo, como lo ignoraba tambien la persona encargada de

depositar por primera vez la carta en el buzón del embarcadero.

Después de quitar Bridget la primera cubierta, no tendría más que echar la carta en el buzón del correo del lugar donde se encontrara, para que llegara, con una direccion convenida, á la administracion postal ó á un establecimiento de comercio, de donde la sacaría alguno de la familia amiga en cuya casa tenía yo mi retiro habitual. Por manera que tampoco ese segundo intermediario sabría más que el lugar donde se encontraba Bridget, lugar, que, como hemos visto, puede quedar muy retirado de aquel desde donde había yo escrito, aunque sí sería la única persona que al abrir la segunda cubierta sabría á quién me dirigía yo.

Aquel amigo, que vivía á orillas de una gran ciudad, llevaría mi carta allá, de donde había de salir definitivamente para su destino.

Esta manera de remitir la correspondencia valiéndose de dos intermediarios sucesivos, la grava con un retardo de 36 á 48 horas. Frecuentemente se procede así en la diplomacia, cuando no es tal la importancia del pliego que se remite que haya necesidad de ocupar un correo de gabinete; sin embargo, el pliego no va dirigido á su último destino desde los principios, sino que pasa por intermediarios que son comerciantes de la nacionalidad del embajador, establecidos en varias ciudades y que le sirven de agentes secretos.

Yo, si se trata de una carta de mucha impor-

tancia, hago que la recomienden ántes de remitirla por la última vez, con el nombre de algun comerciante establecido en el correspondiente lugar á cuya casa puede volver la carta sin dificultad, caso de algun error en la direccion. En cuanto á las remisiones primera y segunda, usando siempre del buzón permanente y de la direccion conocida, observo un procedimiento merced al cual la administracion, sin maliciar el subterfugio, hace las remisiones con tanto cuidado como si se tratara de cartas recomendadas. Ese procedimiento sería lo único de mi sistema que no podría sin torpeza descubrir aquí.

Fácil es comprender, por lo demás, que con divulgar el sistema no se ha de encontrar la pista para dar con ninguno de mis dos retiros.

Absorto me escuchaba el P. Capellan cuando le estaba explicando yo esta manera de proceder para la remision de cartas, citándole varios ejemplos para confirmar lo que decía. El se había manifestado anuente á prestarme el servicio que le había pedido, áun ántes de comprender lo de que se trataba. Así que se impuso de ello, le aseguré que no abusaría de su bondad, porque absolutamente me proponía yo despachar mayor cosa de correspondencia durante los días que nuevamente hubiese de permanecer en el convento, á donde había llevado algunas cartas que contestar, algo en que escribir de mis *Memorias* y mucho de la obra relativa á Crispi.

Estuvimos hablando todavía buen rato hasta

que nos despedimos para el día siguiente, fiesta de la Santísima Virgen. En el asilo de la paz, pasaba yo por una de tantas pensionistas.

Aquella noche y las cinco que siguieron á ella, todavía fui atormentada por los espíritus infernales, aunque no con tanta crueldad como las anteriores.

El 15 asistí á la santa misa y pasé lo más del día en la oracion. El excelente capellan fué conmigo sumamente fino. Yo le enseñé algunos de los libros que me han estado remitiendo mis nuevos amigos, desconocidos para mí los más, y que llevé al convento, suplicándole me ayudara á escoger los que me hubieran de servir para mi lectura piadosa.

Pasado el rezo de vísperas, en la tarde, y cuando todo el mundo se había salido ya de la capilla, pedí permiso para sentarme delante del pequeño órgano. Tenía en aquel momento la cabeza llena de la música sagrada que acababa yo de estar oyendo.

A los principios me dejé llevar al acaso por la improvisacion y canté suavemente el *Ave Maria* con las notas que primero se me venían, sin tratar de retenerlas ni de repetir las, sino desgranándolas en un acompañamiento lento en el cual se arrullaba mi alma. En esto me pongo á pensar en Juana, en la mision que todavía no concluye y en las invocaciones que le hacen los católicos por doquiera pidiéndole su ayuda y proteccion particularmente contra la francmasonería.

Aterrorizada teme la secta que llegue á ser colocada en los altares Juana de Arco. Esta es una señal que pone de manifiesto las previsiones de Lucifer. La cólera sorda de las lógias y de las sublogias es un eco de la rabia del infierno, sin que en esto haya lugar á equivocacion: sabe Satan que el arcángel Miguel todavía y por siempre ha de estar abatiéndole, valiéndose esta vez del brazo de la sublime heroína.

Al pensar en esto, apoderóse de mí un raptó. Recójome por un momento y siento que mi corazón vibra con un calor de entusiasmo, en que la súplica se mezcla con un grito de guerra. «¡Juana! ¡Juana! ¡baja del cielo como te lo pedimos! ¡Juana! ¡Juana! sé nuestra jefe! Hoy el enemigo es el francmasón, como lo ha dicho Dios por boca de su augusto Vicario. ¡Juana! ¡Juana! ¡guíanos en el combate que debemos emprender contra la secta impía y satánica. Si vas tú á nuestra cabeza, ¿cómo no habíamos de salir vencedores?»

Por sí mismas me brotan de los labios las palabras ya medidas y arregladas á la armonía de mi canto, de modo que sin ningún trabajo queda compuesta la primera copla. Pero allí me detengo, porque me parece que el aire corresponde perfectamente á mis sentimientos, y volviendo á él y repitiéndole se me graba por fin en la memoria. Poco á poco voy perfeccionando los acordes del acompañamiento, y á las cinco veces ejecuto sin titubear, atacando las teclas con vigor, pero sin precipitación, en un *andante marziale*.

En aquel momento reparé en la buena superiora y en el P. capellan que estaban allí junto escuchándome, y al suspender mi canto me felicitaron y me suplicaron que le repitiera. No he de reproducir aquí los elogios que me prodigaron, y con que su bondad exageraba indudablemente el mérito de mi composicion.

—¿Y cómo la va vd. á intitular? me preguntaron.

—*Himno á Juana de Arco*, sencillamente; pero será á la vez un himno contra la francmasonería. ... Ya sé lo que todavía hay que hacerle. ... Ya verán ustedes. ... Por ahora me basta con lo hecho; pero bueno será añadirle un coro, un coro de cuatro ó cinco voces, que producirán juntas un hermoso efecto, un coro en el cual todas las masas vocales pregonarán la gloria de Juana, su victoria, su triunfo! ...

Inmediatamente me dirigí á mi aposento y me puse á repasar bien lo que había escrito. Tenía la intencion de componer el coro al día siguiente, así como dos ó tres estrofas más; pero me lo impidieron varias entrevistas con la superiora, con mi amiga la religiosa, y sobre todo con el P. capellan ese día, ó sea el 16.

El sábado tuve completamente fijo el pensamiento en los enfermos que, llenos de confianza en María, salían ese mismo día de Paris á Lourdes. Tal me parecía estarlos viendo. El P. capellan, que ya ha acompañado á muchos peregrinos, me bosquejó el cuadro de la conmovedora partida del «tren blanco.»

¡Oh! ¡Cómo habría querido ir yo también á Lourdes acompañando á los pobres enfermos! Pero esto no habría sido prudente, como sí lo fué alejarme de aquel lugar, pues me han dicho que la Sofía envió como espía, para que se situara en la estación de Orleans, á la espiga de Oro (H.: 1408) asociada de un H.: brasileño, quienes, según parece, lograron con maña introducirse entre la gente en los muelles, y recorrer varios coches de los peregrinos buscándome en alguno de ellos. ¡Qué tiempo tan bien perdido! Debí haberse reflexionado en los triángulos, que ninguna ilusión me causa por cierto lo que se me espera en el caso de que se llegue á descubrir mi pista. Si he dejado mi retiro para pasar unos cuantos días en el convento, es caso absolutamente excepcional; es porque pude hacer mi salida de improviso, emprendiendo un viaje que nadie podía esperar y cuyo término era tan incierto como la partida. Más diré: que en el acto habría yo prescindido de aquel viaje, si hubiese yo tenido que atravesar por París.

Más tarde iré sí á Lourdes de incógnito y bien acompañada por católicos, pues ya está arreglado el proyecto de acuerdo con el Padre capellan, y tendré entonces para escoger entre multitud de amigas de las queridas religiosas, lo cual podré hacer muy bien sin que nadie sepa quién soy, fuera del capellan. Mas para realizar tal proyecto, habrá que esperar á que se haya desvanecido el peligro, ó que por lo ménos se haya moderado la cólera que se ha venido á encender con mi conversión.

Así, pues, el sábado 17 de Agosto no hice más que unir mis oraciones con las de la gran peregrinación nacional. Cierta amigo mío eclesiástico me había remitido desde ántes el itinerario y el horario que seguiría la misma peregrinación, y acompañaba yo desde el coro á los queridos enfermos, lo mismo que los acompañé en los subsecuentes días, mirándolos con la imaginación atravesar ciudades y orando con ellos, aunque á gran distancia.

El martes 20 mi espíritu estaba con el suyo en Lourdes. Ese día le pasé todo en la meditación, pidiendo á la divina María, á Nuestra Señora de las Victorias y á Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se dignaran completar en mí la obra de Juana de Arco.

La víspera había yo proseguido la breve exposición de mis últimas dificultades, agregándoles ciertas explicaciones que juzgué como necesarias. Al poner en limpio aquella mi exposición, saqué dos copias con anchos márgenes cada una para escribir en ellos las nuevas indicaciones que pudiesen ocurrirme ántes de sujetar mi exposición á una revisión definitiva: trabajo que me proponía hacer el miércoles 21, que era cuando debería yo remitir el memorandum ya completo á dos teólogos, católico el uno y protestante el otro.

Dios no permitió que tal cosa se hubiera llevado á efecto. La Reina del cielo alcanzó de su adorable Hijo que resultara inútil el nuevo lazo que me tendía Satan.

Había yo recorrido en mis meditaciones del